

A PROPÓSITO DE UNA BIOGRAFÍA SOBRE RAFAEL SÁNCHEZ FERLOSIO

Pedro Carrero Eras
Universidad de Alcalá

A veces el escritor suele distinguirse, en su manera de comportarse, por sus rarezas y extravagancias. El adjetivo *raro* tiene una abundante polisemia, que va desde lo más negativo hasta lo más excelso. Todo ello tiene que ver con el hecho de que el escritor es un ser especial: está siempre en guardia, ve lo que otros no ven, no transige siempre con lo que suele entenderse como sentido común, aborrece los clichés y los convencionalismos sociales, no suele ser simpático, tiene una fuerte hipersensibilidad y, por regla general, se siente disconforme con lo que le rodea y molesto cuando se halla en sociedad. E incluso con frecuencia se siente incómodo hasta consigo mismo. Por eso, probablemente, es escritor, y la sociedad también necesita de personas así: gente, por ejemplo, que haya terminado abominando del fútbol, del cine actual y de la televisión, que no se deje llevar por las modas imperantes, que se niegue tajantemente a que un instituto lleve su nombre y que no esté dispuesto a secundar imposturas y actitudes declaradamente frívolas, que tanto suelen prodigarse en nuestra civilización del espectáculo.

Una biografía difícil

Todas estas consideraciones vienen a cuento tras la reciente publicación de la interesante biografía sobre Rafael Sánchez Ferlosio escrita por José Benito Fernández*. Benito define su biografía como *apuntes*, lo que no deja de llamar la atención, pues la obra alcanza la extensión de un grueso volumen de 605 páginas, y está rigurosamente documentada. Quizá con modestia quiere el autor rendir tributo al hecho de que toda biografía no está nunca, por los motivos que sean, suficientemente completada y mucho más tratándose de un personaje tan peculiar, al que define, en el mismo título, como *incógnito*.

Es cosa sabida que Ferlosio es un escritor escasamente accesible y bastante huraño, que no quiere hablar de su obra y mucho menos de *El Jarama*, novela que detesta y que es, curiosamente, el libro que más fama le ha dado. Pero sus excentricidades no terminan ahí y la biografía de Benito da buena cuenta de ellas. No busca el biógrafo, en modo alguno, ofrecer una visión negativa sobre el personaje: eso sería impensable y en modo alguno de recibo. Por Ferlosio siente, declaradamente, una

total admiración intelectual y un reconocimiento de la importancia de su obra, tanto de la narrativa como de la ensayística. De esa labor da buena cuenta a lo largo de todo el libro, así como del ambiente intelectual y literario –sin olvidar el contexto histórico– en que esa obra se ha ido fraguando. Por sus páginas desfila toda una extensa galería de intelectuales y escritores desde los años de la inmediata posguerra hasta nuestros días. Algunos de ellos pertenecen a lo que se ha dado en llamar la *ferlosía*, es decir, el grupo de amigos y amistades que tiene acceso directo a Ferlosio, y que suele aparecer en tertulias y otros eventos sociales.

Sin embargo, la biografía de Benito, que se apoya meticulosamente en testimonios orales y escritos, con referencias detalladas y rigurosas al final de cada capítulo, muestra también, en dosis discretas y hasta el límite de lo legal y decorosamente posible, aquellos aspectos del perfil humano del biografiado que entran en el territorio de las rarezas, las manías, los hábitos, los escrúpulos, las fobias, y también, cómo no, de sus propias contradicciones. Me resisto a emplear el habitual cliché de *luces y sombras del personaje* para referirme a esta biografía, pues *sombra*, ahí, podría interpretarse como algo perverso, y no es ese el caso. Se trata, en definitiva, nada más y nada menos que de lo humano, lo que sin duda hace especialmente atractiva la lectura del libro. Vaya como ejemplo, entre muchos otros, el crudo testimonio de Narciso Darnaude, un compañero que tuvo Ferlosio en quinto de bachillerato, cuando estaba interno en el colegio de jesuitas de Villafranca de los Barros. Dice Darnaude: «Recuerdo sobre todo su personalidad, tan absurda en todo. Era un personaje siniestro, que no tenía ningún amigo. Rafael era taciturno como nadie. Hosco, torvo, apenas sonreía, no hablaba nada. Era la persona más difícil que me he encontrado en mi vida. Respiraba fricción por todas partes» (Benito, *op. cit.*, pp. 96–97).

Ferlosio impone respeto y también cierto temor a quienes, conocedores de su forma de ser, coinciden con él en algún acontecimiento social. Además, no le place ser objeto de comentarios en público (sin embargo, no ha podido evitar aceptar reconocimientos y premios, como el Cervantes, bien merecido, y de vestirse de chaqué para recibirlo, pero aquí entramos, precisamente, en el terreno de las contradicciones). Benito Fernández no lo ha tenido fácil para escribir su biografía. No ha podido entrevistarse con el escritor y la única relación directa fue una conversación telefónica, estando ya terminado el trabajo de campo de la biografía, entendido aquí como la recopilación de las fuentes de información. En esa llamada telefónica que hizo a Ferlosio, este, en tono distendido y hasta campechano, le comunicó que no le gustaban

las biografías y que no se debían escribir sobre personas vivas. Añadió que él tenía ya ochenta y cinco años (en el momento de esa conversación, pues ahora ha cumplido los noventa) e instó a Benito a que tuviera paciencia, consejo al que, afortunadamente, el biógrafo no ha hecho caso. Todo parece indicar, según la información que posee Benito, que Ferlosio no ha leído ni leerá jamás la biografía, pero la pervivencia o no de esa actitud es algo imposible de constatar.

Desde el punto de vista social, es difícil que los lectores valoren la obra literaria con independencia de la mayor o menor simpatía que les produzca un autor, ya sea por su ideología o por sus actuaciones. Es humano que las ideas de un autor, sus hábitos, su comportamiento y sus declaraciones –en definitiva, su historial– condicionen al lector en un sentido positivo o negativo. Hay gente que se pierde muy buenas lecturas precisamente por el rechazo visceral que producen determinados autores. Y entiéndase que no estoy hablando de las propias características, ideas y tendencias que contienen las obras, que esas sí que hay que valorarlas en primera instancia. Aunque tampoco hay que dejarse llevar por primeras impresiones sobre determinadas ideas de un escritor en algunas de sus obras, que pueden no sernos muy gratas, o en modo alguno gratas, pues podría ocurrir que dejáramos de leerle y perdernos otros textos suyos de indiscutible valor literario.

De cualquier forma, no hay otro método de interpretación que ceñirse a lo textos, y de la vida del escritor solo se deben tener cuenta aquellos aspectos que puedan arrojar alguna luz a la hora de interpretar sus obras. Si hago esta última reflexión es para no caer en el error de esa anécdota que tanto se cuenta: la de aquel potencial lector que, cuando oye hablar de un determinado autor en una tertulia dice: «no, ese escritor no me gusta, es muy antipático, su obra no vale nada y, además, no la he leído».

No es raro que nos encontremos con grandes sorpresas cuando nos acercamos a un escritor. Por ejemplo, que reniegue de su obra de creación, como hace Ferlosio, quien, de lo que podemos llamar sus novelas (*Industrias y andanzas de Alfanhuí*, *El Jarama*, y *El testimonio de Yarfoz*), solo salva la primera, y, además, con reparos. Menos mal que sus excelentes dotes narrativas están presentes también en sus ensayos, y esos, se entiende, no son repudiados por él.

Cuando examino las extravagancias y el carácter huidizo de Ferlosio, y declaraciones suyas como «soy un cascarrabias, tengo muy mala leche» (Benito, *op. cit.*, p. 23), no puedo por menos que recordar, como muestra (entre otros muchos casos que se podrían citar), a dos escritores contemporáneos: uno es Franz Kafka y el otro es

J. D. Salinger. Sé que todas las comparaciones son odiosas, pero, salvando todas las distancias, la referencia a esos dos autores, que creo conocer bastante bien y de los que he leído prácticamente todas sus obras, puede ilustrar que las rarezas de los escritores en sus relaciones con los demás suelen ser bastante frecuentes.

Kafka en familia y en sociedad

Podría hablarse de un Kafka insociable, como él mismo se define. Pero sin duda hay otro Kafka en modo alguno insociable, pues tuvo amigos y novias. De su manera de comportarse en familia y en sociedad son bastante esclarecedores algunos fragmentos de la carta que escribió al padre de su prometida, Felice Bauer: «Mi empleo me resulta insoportable, porque contradice mi único anhelo y mi única profesión, que es la literatura», y después de insinuar que si su hija se casa con él, será muy desgraciada, añade lo siguiente hablando de su carácter: «...soy una persona reservada, silenciosa, insociable, insatisfecha, sin que pueda definirlo para mí como una desgracia, puesto que solo se trata del reflejo de mis objetivos». A continuación, describe su comportamiento en familia: «Con mi madre, en los últimos años, habré intercambiado por término medio unas veinte palabras diarias; con mi padre nunca cambiamos apenas más que palabras de saludo. Con mis hermanas casadas y los cuñados no hablo en absoluto, sin que esté enfadado con ellos. El motivo es simplemente que no tengo una palabra que decirles. Todo lo que no es literatura me aburre y lo odio [...]. Por otra parte, para la vida familiar carezco del menor sentido». Y no contento con estas declaraciones, evidentemente disuasorias ante un posible matrimonio, salta de lo familiar a lo social con esta otra observación: «...en las visitas veo una malignidad literalmente dirigida contra mí» (F. Kafka, *Diarios (1910–1923)*, Barcelona, Tusquets, 2005, pp. 199–200). Habría que ver la cara que puso el padre de Felice cuando leyó esta carta de un pretendiente de su hija. Está claro que a Kafka le aterrorizaba el matrimonio. Cuando un amigo suyo le habla de la felicidad en su primer año de matrimonio, esto es lo que nos dice en sus diarios el escritor checo: «...horror de verme a mí mismo enfrentado a semejante felicidad» (*op. cit.*, p. 293). De la complicada y conflictiva relación con el padre, Hermann Kafka, no hay mejor muestra que la famosa *Carta al padre*, objeto de amplias interpretaciones y discusiones entre los críticos, especialmente las de tipo psicoanalítico. El padre, que no veía con buenos ojos las aficiones literarias de su hijo, calificaba de bichos raros a los amigos de Franz que venían por casa. Quizá eso explica, según algunos estudiosos, el uso que hace Kafka del término alemán *ungeziefer* al comienzo de *La transformación*

(más conocida como *La metamorfosis*), para referirse al monstruoso ser en el que se ha convertido Gregorio Samsa. Tenemos, además, en los *Diarios*, el testimonio de que lo que Kafka escribía no le gustaba para nada al padre: «Por la noche se lo leí [*El fogonero*] a mis padres. No hay mejor crítico que yo cuando leo en voz alta ante mi padre, que escucha con suma repugnancia» (*op. cit.*, p. 191).

Kafka es un autor especialmente valorado por Ferlosio. Lo cita en sus ensayos en más de una ocasión, lo menciona en alguna entrevista como el escritor que más aprecia e incluso su influencia se detecta bastante en algún que otro relato corto, como *El reincidente*. No podía ser menos: Kafka es un escritor de talla excepcional, que reúne en su obra buena parte de lo que será la literatura del siglo XX. A su vez, Rafael Sánchez Ferlosio es uno de los autores más importantes –si no el más importante– de la narrativa española actual, además de ser un pensador y ensayista de gran talla, ensayos en los que casi siempre suele asomar la cabeza su prodigiosa habilidad narrativa. Entre genios anda el juego. Antes me curé en salud y dije que todas las comparaciones son odiosas y que si cotejamos el carácter de uno y de otro sin duda hay que salvar todas las distancias. En efecto: lo dicho por Kafka en su carta al padre de Felice Bauer no tiene por qué trasponerse literalmente a Ferlosio. Sin embargo, algo de ello hay en toda esa sarta de epítetos que se dedica a sí mismo el escritor checo: reservado, insociable, etc., por no hablar de una aversión común hacia el matrimonio. Aunque Ferlosio se haya casado dos veces, tuyas son estas palabras que cita Benito en su biografía: «el contrato matrimonial corrompe el albedrío amoroso del maizal, del desván o de la alcoba, convirtiéndolo en esa cochina higiene moral y física que recibe el avieso nombre de *débito conyugal*» (*op. cit.*, p. 399; según nota, artículo publicado por Ferlosio el 26 de mayo de 1980 en *Diario 16*).

No a todo el mundo le gusta la obra de Kafka, ni tampoco él como persona. Ni todo posible lector está preparado para encajar lo que aparece en sus escritos. Sirva como ejemplo el hecho de que en una lectura pública, en un centro cultural de Munich, de su relato *En la colonia penitenciaria* –una auténtica obra maestra– dos señoritas del público tuvieron que ser atendidas porque estuvieron a punto de desmayarse, y algunas personas abandonaron la sala al no poder soportar el horror que se describe en la narración. Pero esa aversión hacia el autor de *La transformación* no significa nada desde el punto de vista crítico, no tiene ningún valor como patrón de mérito o de demérito. A veces la gente piensa que Franz Kafka se regodeaba en lo sórdido, lo angustioso y lo cruel. Sin embargo, si hacemos caso a su amigo y albacea Max Brod –al

que le debemos mucho por haberse negado a destruir la obra inédita del genial escritor, tal y como este le había pedido antes de morir—, Kafka aspiraba a un mundo de bondad y humana ternura.

Salinger en su búnker

Como es sabido, el escritor norteamericano Jerome David Salinger, de familia judía por parte de padre, se hizo famoso tras la publicación de su novela *El guardián entre el centeno*. El libro, que denuncia la hipocresía y la bajeza moral de una sociedad consumista y corrompida, levantó una gran polvareda, y fue recibido como obra obligada de lectura en algunos institutos y Estados, mientras que en otros fue proscrito. Menos conocido para el gran público es el resto de sus obras, que suelen centrarse en la increíbles y con frecuencia divertidas historias de los prodigiosos y rarísimos hermanos Glass, y que reflejan la adscripción de Salinger a las filosofías orientales, y especialmente al Advaita Vedanta del hinduismo. Son niños precoces, muy lúcidos y muy sabios, e incluso alguno de ellos, como Seymour, el hermano mayor y líder de los demás, conoce detalles sobre sus reencarnaciones pasadas.

Salinger se alistó, patrióticamente, como tantos otros jóvenes, en el ejército de su país tras el ataque a Pearl Harbor. Participó como soldado en el frente europeo, en primera línea, desde el desembarco en Normandía hasta la capitulación de Alemania, pasando por el atroz desastre bélico del bosque de Hürtgen, una ratonera en la que los generales norteamericanos cayeron en el error de meter a sus tropas y donde la compañía de Salinger fue diezmada. También tuvo que entrar en los campos de exterminio y trabajar, por su conocimiento del alemán, en el servicio de contraespionaje y en la detección de criminales nazis. De todo ello salió con un fuerte trastorno de estrés postraumático, y del que tuvo que recuperarse durante algún tiempo en un sanatorio psiquiátrico. Su desengaño con el ejército será absoluto y eso se refleja en algunos de sus relatos, a veces de forma clara y a veces de forma sutil.

De vuelta a Estados Unidos, reintegrado a la vida civil y con los efectos de la publicación de *El guardián entre el centeno*, Salinger disfrutó durante unos años de su fama en Nueva York, con una amplia vida social y un gran éxito con las mujeres, hasta que terminó hastiado de la ciudad, de su ajetreo, su frivolidad y sus neurosis (sic) y buscó residencia y refugio en el campo. Por ello se compró una finca en Cornish, en el Estado de New Hampshire, a 360 kilómetros al norte de Nueva York, con un atrayente escenario de bosques, colinas, praderas, campos de labor y granjas. En la cima de una

colina estaba la casa, una finca de 36 hectáreas de terreno, con una vista magnífica del río Connecticut. Salinger sin duda debió encontrar allí la felicidad que había perdido durante la guerra, pero su carácter había quedado ya tocado para siempre.

Nunca le faltó, en su refugio, compañía femenina, casado o sin casar, incluso con chicas mucho más jóvenes que él (por supuesto, admiradoras de su obra y con inquietudes literarias e intelectuales), así que no fue, precisamente, un renunciante en el sentido hindú del término, pero si descontamos estas circunstancias, su relación con el resto del mundo fue más propia de un eremita. Al lado de la casa, y para estar aislado del bullicio y ruido domésticos, se construyó un estudio en forma de pequeño fortín o búnker, en el que pasaba largas horas dedicado a la literatura, prohibiendo tajantemente que se le molestara. Rodeó, además, su finca, de una extensa valla para protegerse de mirones y admiradores, y especialmente de periodistas, con los que en más de una ocasión tuvo enfrentamientos, como bien se puede apreciar en una foto famosa en que está a punto de aporrear a uno de ellos que le estaba siguiendo por la calle. Solo salía de su torre de marfil en muy raras ocasiones, para comprar en algún comercio o debido a sus viajes a Nueva York por motivos editoriales, o para acudir al centro hindú Ramakrishna-Vivekananda. Muy pronto dejó de publicar, aunque no de escribir, cada vez se aisló más y así siguió hasta su muerte. Se dice que hay una gran cantidad de inéditos suyos que una Fundación encargada de sus obras debería haber empezado ya a editar.

Los tres escritores ante el mundo

Kafka no llegó a conocer la fama en vida, y no sabemos cómo habría reaccionado y cómo habría encajado ser objeto de persecución de estudiosos, admiradores y periodistas. Sin embargo algo me dice –y aunque todo esto sea pura ucronía– que si hubiera sobrevivido a la tuberculosis (y a los campos de exterminio nazis, en el caso de que su vida se hubiera prolongado unas décadas más) y hubiera seguido publicando y alcanzando popularidad, quizá no se hubiera comportado de forma tan brusca con inesperados entusiastas de su obra, periodistas o biógrafos. No creo que hubiera sido un cascarrabias, como dice de sí mismo Ferlosio, pero todo esto, como ya indiqué, son meras suposiciones. Salinger y Ferlosio sí que han tenido gran notoriedad, aunque en diferente medida, pues sin duda el autor norteamericano llegó a ser más reconocible en la calle que el autor español. Pero no se puede decir que hayan disfrutado de la fama, ni mucho menos (aunque nunca podremos saber qué grado de satisfacción o insatisfacción

siente verdaderamente por dentro quien es famoso). Y los dos se han mostrado esquivos cuando alguien, sin cita previa –cita, en la mayoría de los casos, imposible de conseguir–, se les ha acercado para hablar de sus obras.

Lo que sí que une a los tres autores es una visión crítica y decepcionante del género humano («un mundo monstruoso y despiadado», dice Ferlosio en su artículo «Eugenesia, individuo y sociedad», recogido en su libro *El alma y la vergüenza*). En el caso de Salinger, solo se salvan los niños, tan importantes en su obra como ya señalé más arriba, o aquellos personajes que en su vida adulta siguen manteniendo la misma ilusión y la capacidad de aprender y de sorprenderse que pueda tener la infancia. Y quizá podríamos decir lo mismo del *Alfanhuí* de Ferlosio, libro en el que las aventuras de un niño en medio de un mundo real y mágico a la vez suponen un último adiós a la infancia –si hacemos caso a Juan Benet en el prólogo que escribió para ese libro– y una recuperación de lo que la infancia tiene de pura, espontánea, imaginativa y todavía no contaminada ni encanallada. (Al margen queda lo que la infancia y la adolescencia puedan tener –que lo tienen– de egoísmo y crueldad).

Ante las miserias de este mundo, Salinger y Ferlosio saben emplear con habilidad buenas dosis de ironía y de sentido del humor en sus escritos. Por lo que a la ironía se refiere, algo así podríamos decir del propio Kafka, una ironía sutil que se deriva, precisamente, de los personajes, situaciones y laberintos que construye. Las obras de Kafka se leen bien, con agrado, con independencia de que lo que escriba no sea, ni mucho menos, agradable. A la fascinación que ejercen sus relatos sin duda contribuye ese estilo tan personal y atrayente del autor checo en el que lo angustioso, lo sórdido y lo cruel son descritos con una perspectiva distanciada, imperturbable, sin concesiones a lo patético y sin moralina ni romanticismos. Un estilo moderno, nuevo, y, si se quiere definir así, vanguardista, muy propio de los movimientos renovadores en el terreno de lo artístico que se produjeron en las primeras décadas del siglo XX .

Es evidente que la muestra de escritores contemporáneos con rarezas en su comportamiento –Kafka, Salinger, Ferlosio– podría alargarse hasta el infinito con otros nombres conocidos. Recordemos a Camilo José Cela. ¿Cuánta gente se habrá perdido la lectura de sus obras por sentir aversión hacia él, por su pasado de censor o por sus frecuentes salidas bruscas e incluso insultantes en entrevistas y otros actos públicos? O pensemos en Louis-Ferdinand Céline. A causa de sus ideas antisemitas y filonazis estuve yo mismo a punto de perderme la lectura de su novela *Viaje al final de la noche*, una de las mejores novelas del siglo XX, y en la que, precisamente, todavía no aparece

rastros del antisemitismo del que tanto hizo gala en aquellos panfletos que publicaría después.

Una experiencia personal con Ferlosio

Mi memoria de licenciatura –allá hacia el final de los 60– trató sobre el lenguaje coloquial en *El Jarama*. Por ese motivo llamé al escritor por teléfono en dos ocasiones (desconocía yo entonces su aversión hacia esa novela). Una llamada la hice cuando todavía estaba escribiendo la tesina y otra cuando ya la había presentado y defendido. El resultado fue muy poco alentador, y especialmente en la segunda conversación telefónica, si es que se puede llamar conversación, pues la reacción de Ferlosio fue seca y lacónica cuando yo le dije que, ahora que ya había culminado mi trabajo, podíamos hablar tranquilamente sobre su obra. De todo ello deduje que le debían poner nervioso los admiradores de sus libros, y especialmente quienes, como yo, estaban trabajando sobre *El Jarama*. La verdad es que ni en uno u otro caso me movió un interés práctico. Por decirlo de una forma más clara, no me movía conversar o entrevistarme con el autor para sacar algún provecho que beneficiara la calidad de mi estudio o futuros estudios, sino la posibilidad de hablar con él, distendidamente, de su obra, y no solo sobre *El Jarama*, sino también sobre *Alfanhuí* y otros escritos suyos, y, por supuesto, de aspectos de la propia realidad a la que sus obras apuntan. Como no me gusta insistir ni ser pesado, no sé si por orgullo, discreción o pusilanimidad o una mezcla de todo ello, no volví a intentarlo. Sé que otros que han trabajado sobre Ferlosio han insistido un poco más y han conseguido entrevistarse con él, y les envidio sanamente por su constancia. Alguno de ellos figura entre los habituales de la llamada *ferlosía*, a la que, dicho sea de paso y sinceramente, no me hubiera disgustado pertenecer, aunque no sé cómo hubiera terminado, pues ya apunté antes que no es nada fácil ni distendido hablar con Ferlosio. Precisaré más: no debe ser nada fácil hablar delante de él, pues debe ser una situación de esas en la que uno debe hilar muy fino, escogiendo lo que dice y cómo lo dice.

Andando el tiempo, en una ocasión estuve a punto de ser presentado por un amigo común en un café donde Ferlosio era el centro de una tertulia, pero mi amigo se retrasó y yo, que esperaba sentado discretamente en una mesa aparte, me cansé y preferí marcharme. Años después abordé a Ferlosio en una especie de pizzería, pero de forma muy lacónica, preguntándole sin más preámbulos si iba a publicarse una continuación de *El testimonio de Yarfoz*, a lo que él, lanzándome una mirada torva, me respondió que *no* y ahí se quedó todo. De todo ello, y de otras anécdotas y circunstancias doy buena

cuenta en mi trabajo *Acercarme a Ferlosio: historia de un diálogo imposible*, publicado en una revista y que ahora puede hallarse en internet.

Pero todo esos intentos fallidos de hablar con el autor de *El testimonio de Yarfoz* no fueron para mí un obstáculo para seguir leyéndole y escribir y publicar sobre él. No se puede exigir a un autor que reciba a estudiosos y admiradores con los brazos abiertos. Quiero, con todo esto, ponerme como ejemplo de lo que decía más arriba: que el carácter más o menos simpático o antipático del escritor y su mayor o menor aceptación entre el público, seguidores y críticos, no tiene en modo alguno que empañar un estudio serio y objetivo de su obra, sin prejuicios y sin animadversiones. Después de todo, su obra ya no le pertenece enteramente a él, sobre todo desde el primer momento en que aparece publicada. Creo que la biografía de Benito, con el que comparto su admiración intelectual hacia Ferlosio, ha sido un gran acierto, habida cuenta de las dificultades con las que se ha debido encontrar.

* J. Benito Fernández, *El incógnito Rafael Sánchez Ferlosio. Apuntes para una biografía*, Madrid, Árdora Ediciones, 2017.